Todo salió como yo quería
Charly Garcia
Por Fernando García

Ni papelón. Ni falta de respeto al público. Ni una estafa. En la fallida serie de conciertos en el Teatro Opera pasó, según Charly García, lo que tenía que pasar. Aquí, el retrato íntimo de un músico que, para dejar todo claro, dice: ""Estoy en guerra contra la nada"".
""Está dejando su impresión, única e irrepetible"". Carlos Santana, subtitulado, está diciendo eso desde un televisor gigante instalado sobre el escenario del Teatro Opera. Mientras tanto, Charly García protagoniza un notorio des-concierto. Enreda un sintetizador contra la tapa de su piano de cola y da vueltas por el escenario. A veces canta, otras intenta remediar los problemas del sonido que él mismo se decidió a operar contra todos los usos y costumbres, y otras le habla a los gritos a dos estatuas que sobresalen desde los palcos.
La banda es de piedra y sigue tocando porque el show debe seguir, por lo menos hasta poco después de comenzada la segunda función, cuando Charly abandona el escenario para no volver y dejar plantada a la escasa audiencia convocada. Un show fantástico, si se tratara de algún fenómeno descabellado del underground; pero todo lo contrario cuando lleva la firma de García.
En el cierre de un año que empezó toreando a la campaña Sol sin drogas con la consiguiente denuncia judicial por ""apología de las drogas"" y se fue con la edición de Say no More, su disco más tenso e inquietante desde el magnífico Piano Bar, el artista exhibe en escena la película de, por lo menos, estos últimos trescientos sesenta y cinco días de su vida. Sin cortes. Ni edición. La música, escasa, un acompañamiento incidental. Las canciones en grageas o, mejor, jirones. Y ¡todo! exhibido sin pudor.: las peleas con algunos de sus colaboradores más íntimos, sus mujeres que justo esa noche no estaban, el sueño desordenado y, al fin, su entrañable flacura llevada más que nunca a la nada saludable fórmula piel y huesos. Tan honesto como desolador. En la tercera fila, una parejita se mantiene abrazada. Estaban viendo o querían ver otro recital.
A los siete días del nuevo año, la puerta que en rabioso rojo dice Welcome (Bienvenidos) se abre y deja paso al séptimo piso de un antiguo en Barrio Norte. Estamos en el epicentro de Garcíalandia, un lugar de paredes blancas enchastradas con ataques de aerosol, un piano que se asoma al balcón y el centro de la escena dominado por un televisor de dimensiones exageradas que ¡oops! tiene pintada una mira justo en el medio. Pocos muebles, la alfombra averiada y un combinado de los años cuarenta que toca eternamente el vinilo A trick of a tail de Génesis. Nada que ver con la opulencia que correspondería a una estrella consagrada y establecida, y mucho más cerca de la revolución doméstica que acompaña a un artista desbocado en los alrededores del ojo de la tormenta. Desde su cuarto llega García, la cara mojada, jeans y un buzo de hilo, y la compañía de Mónica. Una de las estatuas del Opera (la otra se llama Sofía) y ""mi socia"" como él mismo la define, una chica de rulos negros que comparte el crédito/concepto en el disco y en esta tarde, tensa e inquietante como Say no More y el Opera, le acaricia el pelo con ternura. ""A ver, empecemos con esto"", inquiere el metro noventa de cincuenta kilos que va por el primer whisky de la entrevista.
- ¿Qué recuerdos vas a tener de lo que hiciste en el Opera?
- Bueno...(voltea la cabeza a diestra y siniestra), salió todo como yo quería. - ... - Y, hacer un concierto sin sponsors, sin anuncio, ni siquiera sonido. ¡Qué esperaban (exaltado), que llenara el teatro por telepatía! Yo sabía que iba a durar un día.
-Vamos...

- Sí, después pasó lo que tenía que pasar. La gente se divirtió mucho. Yo me miro desde arriba y la gente se divierte mucho con eso.
- A muchos no les resultó nada divertido.
- Bueno, esos por lo menos van a acordarse de estos shows por toda su vida.
- Había gente que parecía asustada...
- Es que los entiendo. Esto es así. Say no More es un lugar peligroso. Un lugar sexy, democrático y peligroso en donde al fin y al cabo cada uno hizo lo que quiso.
- ¿Y los que ni siquiera pudieron ver el show?
- ¡Qué sé yo!, no los conozco.
- ¿Y no te importa?
- Desde que tengo cuatro años doy conciertos. Tengo cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco o algo así. Estamos hablando de una vez. Una. ¿No será que la gente está defraudada de sí misma? Estoy tocando un disco que dice que el incendio no se sabe cómo fue, que estaba en llamas cuando me acosté y que la primera vez te tienta el diablo pero la segunda lo hacés porque querés. Es todo una página...
- ¿Estás diciendo que no podés hacer las cosas de otra manera?
- Si yo soy un espejo, y todo eso que dicen, la gente que me sigue realmente me entiende. Y son muy inteligentes. No es para cualquiera esto.
Un diálogo entre Charly (""el músico más polémico de la Argentina"" según rezaba la sobreimpresión electrónica) y Antonio Gasalla el miércoles en Canal 13:
- Charly, ¿cómo ves el fenómeno de los Luis Miguel y los Ricky Martin que llenan plazas?
- No los veo.
- ¿Ves algo?
- Sí, el futuro.
""Lo conozco desde el primer recital de Sui Generis y estoy acá por cualquier cosa; ahora le conseguí una presentación en el programa de Gasalla"", dice una de las tantas personas que pasan la tarde en Garcíalandia y que ""se turna"" con otros para asistir a Charly. Están Tránsito, la doméstica, que es una institución en la casa y que dice ""yo también tuve mis locuras de joven""; su manager, su iluminador (que dispone un set de reflectores para la sesión de fotos en la que Charly mudará cuatro veces de vestuario) y una chica que lo filma absolutamente todo. En un break, la chica flexiona los brazos con gesto cansado y confiesa: ""Hasta hace poco lo filmaba todo el tiempo"".
- ¿Cuántas horas por día?
- Y... setenta y ocho.
Sobre el televisor se apilan docenas de videotapes. Así como voltea whiskys y echa mano de cigarrillos casi sin pausa, García se levanta compulsivamente del sillón donde se trata de entrevistarlo para ir en busca de imágenes. Pone un video con la historia de The Who y se va. Después regresa y cambia la filmación de su reciente concierto con Mercedes Sosa en el Lincoln Center de Nueva York, donde se lo ve en forma, cantando y tocando. Después, un ensayo antes del Opera. Luego, una especie de cortometraje en el que Mónica se pasea por una pileta. Al fin, aparece junto a su manager, los dos sentados, una suerte de caja negra para la posteridad. De Charly a la cámara:
""Me remito a una frase de John Lennon, ese muchacho que está ahí pero está muerto. Dijo: ""El rey fue muerto por los cortesanos"". Okey, yo soy el príncipe y ya me está pasando eso. Todos lo que chupan, joden y bailan se creen que eso está garantizado de por vida. Y eso de que el show debe seguir es la mentira más grande del mundo; el show debe seguir pero acá, en mis términos"", cierra como un monarca déspota.
- Charly, ¿qué es esta manía de filmarlo todo?
- Anthology, baby... Los Beatles. ¿Qué querés? ¿Que me muera para antologizarme?

- No.
¡Bum, bum!, la puerta es golpeada furiosamente. Dos salen corriendo, Charly se va a su habitación, una chica grita, más golpes. ""Me clavó las uñas"", dice Juan Bellia, miembro multiuso de la banda, cuando alcanza el cuarto de García. La chica se llama Ana y cuentan que una vez consiguió meterse en la casa. Desde entonces monta guardia en la puerta, se queda pegada al timbre, una vez miente diciendo que es del Lavadero y otra que trae soda. Se sabe imbancable, pero insiste. Como lo hace García a los dieciseis minutos y veintidós segundos de Say no More, cuando en la máxima entrega testimonial de su carrera canta: ""Yo sé que soy imbancable"".
""Esa chica que está ahí abajo, ¿está loca como todos dicen? Ha alborotado a toda la gente que vive acá, a los que trabajan conmigo, a Say no More... todo por una chica. Pero yo hago esas cosas. A veces decido no dar un autógrafo y otras dejo que alguien entre a mi casa"", dice Charly recostado en su cama.
Dibuja un círculo con el dedo índice y define su espacio:
""¿Alguna vez viste algo así?"" . Aerosol aquí, allá y en todas partes, caos y desorden. Tal cual, la habitación de un adolescente que acaba de ser transformado por el rock&roll. Pero no. ""Estoy muy bien"", sostiene tirándole una gambeta a historia reciente de internaciones y terapias internacionales. Antes de Navidad se comunicó por última vez con Ken Lawton, el terapeuta inglés que timonea su despedida de las drogas, aunque por ahora no hay certeza de que se vuelvan a encontrar en Londres. Charly habla desde su cama y los personajes desfilan. Alguien acerca un cenicero, otro llega y le pide que cuelgue bien el teléfono, enredado en cables. Alguien más llega y le pide plata. Cansado, prende su guitarra Rickenbacker, igualita a la de John Lennon, y rasga las cuerdas.
""Imaginate, con esta guitarra y todos los discos de los Beatles.... si no hubiera hecho nada seria horrible. Como todo lo que dicen de mí, cuando en realidad acá no existen, nadie puede empezar a tocar nada.""
- ¿Nadie?
- Nadie. Tendríamos que hablar de Prince o algo así y acá no hay. Mi disco está hecho, aunque digan las mierdas más grandes sobre mi. Yo con Say No More me divertí. y el que no la pesca que se salga del camino porque molesta. Esto es una guerra, man.
-¿Contra qué?
-(Silencio prolongado)Contra la nada.